

Fuera de la nómina: pena y amor en los versos de Rafael de León

Elena Orué Bentancor

Para Cris,
a su vera inspirándole versos.

Elena Orué Bentancor
elenaorue@yahoo.com.ar

Profesora de Literatura egresada del IPA en 2003. Se ha desempeñado como docente en instituciones públicas y privadas de Montevideo y Canelones. Fue docente del Bachillerato Internacional del 2007 al 2013 y Consultora para el desarrollo de contenidos didácticos de cursos multimedia en el área Lenguaje Funcional para la Municipalidad de Guayaquil, Ecuador (2009- 2010). Ponente en cursos de verano y en Cátedra *Alicia Goyena*. Profesora adscriptora y tutora de Uruguay Estudia. Contendista en el Portal Educativo Uruguay Educa generando recursos para Literatura y dictando cursos sobre el uso de las TIC en la asignatura.

Resumen

La generación de plata de la poesía española incluye sin lugar a discusión a escritores como Federico García Lorca, Rafael Alberti, Pedro Salinas y Jorge Guillén, entre otros. El nombre de Rafael de León no aparece en la nómina, no es nuestra intención determinar si por rojo o derechista o, sencillamente, por su inclinación a la copla.

El presente artículo intenta echar luz sobre la vida y la obra del poeta sevillano así como rescatar del olvido algunos de sus versos cargados de penas y alegrías.

Palabras clave: Rafael de León- poesía-española- generación de plata

Abstract:

The silver generation of Spanish poetry undoubtedly includes writers such as Federico García Lorca, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Jorge Guillén and others. The name Rafael de León does not appear in the list. It is not our intention to determine whether this is because he was a Red or a right-winger or, simply, due to his inclination to couplets.

This article endeavors to shed light on the life and work Sevillian poet as well as to rescue from oblivion some of his verse loaded with sorrows and joys.

Key words: Rafael de León - Spanish poetry – silver generation

Autores como García Lorca, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Jorge Guillén o Luis Cernuda, son asociados automáticamente a la Generación del 27. No ocurre lo mismo cuando se trata de Rafael de León. La mayoría de las antologías curiosamente omiten su nombre, a pesar de ser, al decir de Hurtado, el poeta sevillano “...más cantado de España” (2003:4). Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Málaga, Hurtado sostiene que este desconocido tan popular fue relegado, lisa y llanamente, por escribir coplas. Molina, se suma y titula un libro sobre el escritor siguiendo la misma línea: “El más recordado de los olvidados”.

Es que si bien los antólogos insisten en dejarlo por fuera de la nómina, sus versos se cuelan a través de la música buscando legitimarlo como integrante de la generación de plata. Colaboran en este intento de reivindicación, la memoria del pueblo que hasta hoy recita sus poemas y los esfuerzos de algunos estudiosos que se enfrentan a los pocos libros publicados por y sobre el poeta. Gismera cuando escribe sobre el folclorista José Antonio Ochaíta, le dedica un capítulo sosteniendo que llegó al mundo

en el seno de una familia de la alta burguesía, estatus social, que ha ser la seña de identidad de un buen número de autores y poetas, que traspasarán la barrera del tiempo englobados en una generación, la del 27, a la que Rafael de León pertenece, heredando arte y sentimiento de dos de sus grandes maestros, Federico García Lorca y Fernando Villalón, con quienes ha de tener una relación más allá de la simple amistad, para convertirse en familiar, hasta la desaparición de ambos (...). (2002: 36)

Cifre y González lo avalan como integrante al analizar la historia de la copla en España: “Poeta sevillano, es el literato olvidado de la Generación del 27 (aunque en los últimos tiempos, intelectuales como Martín Gaité, Vázquez Montalván o Terenci Moix han reclamado el lugar que merece), a pesar de gozar de un éxito escandaloso en su época (...)” (2014:245)

El hecho de que sus contemporáneos oscilaran entre encasillarlo como franquista o republicano parece haber contribuido para que quedara al margen, no obstante ser cantado por ambos bandos. Por estas latitudes la situación no es distinta; es una empresa casi imposible acceder a sus libros (aunque en la red pueden hallarse fácilmente poemas y canciones desperdigadas) pero su poesía nos ha llegado por intermedio de laureadas voces peninsulares y rioplatenses.

No es el objetivo de este artículo probar su pertenencia al grupo ni analizar las causas por las que puede haber caído en el ostracismo sino verter un poco más de tinta sobre su creación y salvarlo del olvido dando a conocer sus versos.



Rafael de León

Su vida

Rafael María, José, Jerónimo, Doroteo, Alberto, Melchor de León y Arias de Saavedra, nació el jueves 6 de febrero de 1908 en Sevilla como conde de Gómara, marqués de Moscoso y marqués del Valle de la Reina. Fue el primogénito pero renunció a los dos primeros títulos nobiliarios en favor de sus hermanos, renegando así de su origen aristocrático para volcarse al pueblo. Este acto da muestra de la generosidad de carácter con la que es recordado. Su retrato se complementa con las siguientes características: supersticioso al punto de huir de los relojes y de nunca querer manejar, hijo amoroso, valiente, tímido, sencillo y con un gran sentido del humor. Es presentado en la mayoría de las semblanzas como homosexual declarado aunque reservado con su vida privada, religioso (educado por jesuitas y salesianos), bohemio pero de lujo, apasionado, compañero de escuela de Rafael Alberti, vecino de calle de los Machado y amigo personal de Lorca, al que conoció en la Universidad donde ingresó a cursar Derecho; para otros, fue un simple admirador influido por las obras del granadino.

Durante el período en el que realizó el servicio militar se vinculó a Concha Piquer quien sería posteriormente intérprete de sus creaciones. Fue encarcelado como tantos artistas en Barcelona y salvó su pellejo al declarar amistad con Machado, García Lorca y León Felipe. En los años de posguerra, se dedicó a la copla y

no se registra que ejerciera ninguna función vinculada a sus estudios, al parecer la renta familiar le permitió llevar una vida disipada entre cafés y teatro de variedades.

Corrió mejor suerte que otros escritores, no fue fusilado ni exiliado, dejó de existir un jueves de 1982, a causa de un ataque al corazón. Quedaron del poeta pocas ediciones, compilados de canciones y una glorietta en un parque sevillano cuya fuente y azulejos salvaguardan sus palabras.

Su estilo

Para algunos críticos adoleció de cierto garcilorquismo que le restó originalidad, mientras para otros brilló con luz propia. Los ecos de Federico resuenan en toda su obra, imposible leer algunos versos de *Pena y alegría del amor* sin asociarlos a la tragedia rural *Bodas de sangre*:

Por la garganta me sube
un río de sangre fresco
de la herida que atraviesa
de parte a parte mi cuerpo.
Tengo clavos en las manos
y cuchillos en los dedos
y en mi sien una corona
hecha de alfileres negros.

(de León, 1954:15)



Se recoge en muchos estudios la famosa anécdota en la que ambos poetas discuten sobre quién fue el que adjudicó primero la famosa tonalidad a su obra, se cuenta que Rafael increpa a Federico por creerse dueño del color verde en la lírica española.

Escribió poemas (sonetos y romances) y más de ocho mil canciones, todas composiciones que se entremezclan, se confunden y se inspiran unas en otras. Integró el famoso trío León, Quintero y Quiroga al tiempo que realizaba montajes teatrales y colaboraba en la creación de guiones cinematográficos. Su primer libro *Pena y alegría del amor* apareció en Madrid en 1941 y dos años más tarde lo haría *Jardín de papel*. En tela de juicio sobre su autoría quedó un tercer volumen (del mismo año) editado en Chile titulado *Amor de cuando en cuando*.

Describir la pluma del sevillano supone situarla en ambientes andaluces en los que desfilan tópicos como el amor en todas sus facetas (comprado, prohibido, ideal, familiar), la muerte, la infidelidad, el secreto, la naturaleza, la pena, el olvido y los celos como materia poética. Para desarrollarlos optó por el octosílabo y la rima consonante aunque en algunos poemas recurrió al verso alejandrino y la asonancia.

Un rasgo de estilo fue la utilización de términos propios del habla andaluza resaltados, por lo general, en cursiva para diferenciarlos, ello podemos verlo en el poema *Toíto te lo consiento*:

Que tengo entre dos amores
mi cariño *repartío*,
si encuentra el uno llorando
es que el otro lo ha *ofendió*.

.....
Que yo con tal que nunca...
de mi *lao* te separes...
'*Toíto* te lo consiento
menos faltarle a mi *mare*'.

(de León, 1954:113)

Otro aspecto a señalar es la identificación del yo lírico y el poeta que aparecen amalgamados en muchas composiciones como es el caso de *Héroe* producto del dolor por la muerte de su hermano Pedro:

Yo quizá fuera el último en conocer tu muerte
y por eso no pude llorar sobre tu sábana.
Vivía en un planeta sin torres ni jardines
donde estaban prohibidos el llanto y la sonrisa.

Pero yo presentía mi sangre derramada.
Éramos diez hermanos, y de ellos, seis varones,
y las balas sabían el camino de sombra
que va desde la nube al pájaro que vuela.

(1954:111)

Otros tantos poemas van dirigidos a hombres que no pertenecen al núcleo familiar lo que ha sido interpretado como un canto a la homosexualidad, aspecto en el que recalca la investigación de García Piedra. En ella se estudia la ambigüedad de algunos versos en relación al género gramatical y cómo determina la recepción si quien lo recita o canta es una voz femenina. Sirva de ejemplo el comentario que realiza del poema *Novio*

(...) el contenido puede pasar desapercibido, una vez musicalizado e interpretado por una mujer. No obstante, la lectura de una antología poética de Rafael de León nos invita a pensar en un amor homosexual por varias razones: en primer lugar, por la imposibilidad de la existencia de una boda —ya que siempre serán novios— sin conocer el porqué, y, en segundo lugar, porque el poema va dedicado a Ángel Terrón, un actor de cine secundario, amigo de Rafael de León”. (2008:197).

Siguiendo a García Piedra, es difícil separar persona de personaje y uno se ve tentado a realizar abordajes autobiográficos con los peligros que ellos suponen. En vida, su humor le permitió sobrellevar las burlas y el marquesito homosexual, como era denostado, logró filtrarse en el corazón del pueblo y en el mundo del espectáculo.

Versos de amor y pena

García Caamaño prologa la obra del poeta anunciando que se encontrará en sus páginas “ (...) la voz dolorida, llena de amargura, que corre por las cercanías gritando su pena y su alegría, llenando con el conjuro de su terrible angustia, toda la pasión de lo que pudo ser y no fue (...)”. (1954: III)

Los temas de su poesía bien podrían sintetizarse en el binomio *pena* y *amor*, sustantivos presentes en el paratexto de su primer libro; amores truncados o imposibles, pasiones atormentadas por los celos, infidelidades, el olvido o a la muerte inundan sus versos.

En el poema *Consejos del buen amor* que puede oficiarse de punto de partida, el yo lírico expresa:

No soy sabio ni viejo.
Tengo un poco de poeta
y eso es nada.
Acepta o no mi consejo,
que en amor nadie es profeta,
camarada.
(...)
Vivir siempre en agonía
con el alma lacerada
por la espera.

Morir dos veces al día
y tal vez de madrugada
la tercera.

Gozar minuto a minuto
las caricias de los ojos
que te han preso.
Padecer de negro luto
si los labios no están rojos
para el beso.
(...) (de León, 1954:6)

La composición contiene todos los ingredientes de la poética del autor: el amor asociado al sufrimiento, la muerte vista como fin del tormento, la ausencia del amado/a y el poder curativo del contacto físico. Si bien Hurtado analiza los núcleos sígnicos y simbólicos anteriores en las coplas, algunas de sus afirmaciones se pueden extrapolar a los poemas; por ejemplo, cuando opone amor y matrimonio justificando que “En la institución no se encuentra el sentimiento y, mucho menos, la pasión. El amor se articula en un universo de carencias, de ausencias, de dolor, no en la felicidad que es siempre transitoria y siempre está amenazada por toda clase de peligros.” (2003: 230)

De muestra sirvan los cuartetos del soneto *Duda* en los que se observa que la unión legal no garantiza la armonía del hogar ni la satisfacción de los cónyuges porque la sospecha es más fuerte:

¿Por qué tienes ojeras esta tarde?
¿Dónde estabas, amor, de madrugada,
cuando busqué tu palidez cobarde
en la nieve sin sol de la almohada?

Tienes la línea de los labios fría,
fría por algún beso mal pagado;
beso que yo no sé quién te daría,
pero que estoy seguro que te han dado.
(de León, 1954: 39)

En otra poesía, la infidelidad reaparece pero como el estado más cercano a la felicidad a pesar del sufrimiento que encierra. En *Pena y alegría del amor*, los enamorados guardan un secreto que los lacera a la vez que mantiene con vida, se debaten entre la pasión y el deber, entre dar rienda suelta a sus deseos o respetar los preceptos morales. El amor verdadero se troca en pecado, ocultarlo es la única opción para evitar males mayores:

Mira como se me pone
la piel *ca* vez que me acuerdo
que soy un hombre *casao*

y sin embargo te quiero.
 Entre tu casa y la mía
 hay un muro de silencio,
 de ortigas y de chumberas,
 de cal, de arena, de viento,
 de madre selvas oscuras
 y de vidrios en acecho.
 Un muro para que nunca
 lo pueda saltar el pueblo
 que está rondando la llave
 que guarda nuestro secreto.
 ¡Y yo sé bien que me quieres!
 ¡Y tú sabes bien que te quiero!
 Y lo sabemos los dos
 Y nadie puede saberlo.
 (...)
 ¡Ay, qué alegría y qué pena
 quererte como te quiero!

Sentimiento tan profundo como destructivo que, de salir a la luz, no sólo contravendría las leyes humanas sino que alteraría el orden natural. El matrimonio y los hijos son vistos como la prisión que encierra a los amantes, cárcel vigilada por un personaje colectivo, el pueblo, al que por momentos se sienten con la fortaleza para enfrentar. Es que “La lírica de Rafael de León (...) es la historia de una transgresión donde no existe vuelta a la situación inicial, en el sentido proppiano, sin pasar por la inmolación.” (Hurtado, 2003: 284)

Mira, pase lo que pase,
 aunque se hunda el firmamento,
 aunque tu nombre y el mío
 lo pisoteen por el suelo,
 aunque la tierra se abra
 y aun cuando lo sepa el pueblo
 y ponga nuestra bandera
 de amor, a los cuatro vientos,
 sígueme queriendo así,
 tormento de mis tormentos.
 (de León, 1954:16, 18)

Otro ejemplo de amor prohibido lo hallamos en el *Romance de la viuda enamorada*. En él, una mujer que ha perdido a su marido hace tiempo ya, ve truncada la posibilidad de volver a enamorarse. La censura del pueblo se trasluce en la voz de uno de sus descendientes que intenta preservar el honor familiar. No tiene permiso para ser libre, no puede vestirse con ropa ceñida que muestre aún su belleza, debe marchitarse pese a ser joven todavía y acallar su deseo porque no está bien visto que se entregue al placer. La prohibición no hace sino aumentar la necesidad de fundirse con el otro que le devolverá la vida:

Vive este amor de silencio
 y entre silencio se quema,
 en una angustia de horas
 y en un sigilo de puertas.
 El pueblo ya lo murmura
 en una copla que rueda
 todo el día por el campo
 y de noche en la taberna.

Dicen que si soy viuda,
 y sacan el muerto a cuestras;
 dicen, que si por mis hijos
 me debía dar vergüenza...

A través de una enumeración, el yo lírico (voz femenina), pronuncia de forma retórica aquellas interrogantes que intentan devolverle su dignidad, su derecho a amar, tanta dedicación en la crianza de los hijos y el sacrificio de dos décadas deberían tener su recompensa. Reprocha pero con mucha suavidad a esos hombres a los que dio a luz, aquellos que dejaron huellas en su cuerpo y siendo sangre de su sangre, se avergüenzan de ella. A través de una sucesión de metáforas culmina su imprecación y se lee el grito emancipador:

¡Quiero y quiero y quiero y quiero!
 Están en flor mis macetas;
 diez rruiseñores heridos
 cantan amor en mis venas,
 y me duele la garganta
 y está mi voz hecha piedra
 de tanto decir: ‘¡Te quiero
 como a ninguno quisiera!’
 (...)
 ¡Canten, hablen, cuenten, digan,
 pueblo, niños, hombres, viejas...
 que yo de tanto quererle
 no sé si estoy viva o muerta!
 (de León, 1954:69,71)

Amor y muerte como caras de la misma moneda, el sentimiento debilita a la vez que infunde vitalidad, “(...) la vida puede ser peor que la muerte por el tormento, la pena, el silencio, el calvario que les toca vivir a algunos de los personajes, no necesitan morir para estar en el infierno, (...) muchos de ellos viven muertos de amor o de celos, el amor los destruye, los aniquila.” (Hurtado, 2003: 349).

En *Pena y alegría del amor* ese oxímoron está latente:

Nuestro amor es agonía,
 luto, angustia, llanto miedo,

muerte, pena, sangre, vida,
luna, rosa, sol y viento.
Es morir a cada paso
y seguir viviendo luego
con una espada de punta
siempre pendiente del pecho.

(de León, 1954:17)

Muchas veces el ataque no viene desde afuera, ni es un enemigo innominado o bien conocido quien causa el dolor sino el propio amante que con su traición imposibilita el final feliz. Una composición, que por su riqueza merecería un análisis aparte, es *Profecía*. En sus ciento sesenta y dos versos, contemplamos la vida pasada, la presente y la futura de un hombre y una mujer cuyo vínculo no prosperó:

Y mientras tú cantabas
yo, inocente, me pensé
que nos casaba la nana
como a *marío* y mujer.
¡Pamplinas! Figuraciones
que se inventan los chavales,
después la *vía* se impone:
tanto tienes...tanto vales.
Por eso yo al enterarme
que llevas un mes *casà*
no dije que iba a matarme,
sino que me daba igual.
Mas como es rico tu dueño
te vendo esta profecía:
Tú, cada noche entre sueños
soñarás que me querías (...)

En tono de reproche y haciendo alarde de haber superado el dolor, el yo lírico- hombre pasa revista a una historia de amor que se cortó por la avaricia de la mujer. Una historia inocente que empezó a los doce años, a la salida de la escuela pero que no sobrevivió a los avatares de la vida real, a las convenciones sociales, al vil metal. Los versos finales, a modo de estribillo, funcionan como una especie de coraza para el hablante que quiere sonar despreocupado, finge, esconde la conmoción que le infundió la noticia:

Pero allá en la *madrugá*
te despertarás llorando
por el que no es tu *marío*,
ni tu novio, ni tu amante,
sino el que más te ha *querío*:
con eso tengo bastante.

(de León, 1954: 123, 125)

Los versos de *A tu vera*, también bajo sospecha de infidelidad, dan cuenta de esa triste realidad, el amor no debería ser así pero igualmente se le busca el lado positivo a la relación porque no se quiere o no se puede salir de ella:

Que no mirase tus ojos.
que no rondase tu puerta,
que no subiese de noche
los tramos de tu escalera.

A tu vera,
siempre a la verita tuya
hasta que de amor me muera.

Mira que dicen y dicen,
mira que la tarde aquella...
mira que si fue y vino,
de su casa a la alameda,
y así mirando y mirando
así empezó mi ceguera (...)

(de León, 1954: 79, 80)

En la misma línea de los amores signados por la pena nos encontramos con el *Romance de aquel hijo...*, en que se recuerda a un amor de juventud. Los implicados siguieron su camino y cada uno formó su familia pero al yo lírico lo invade, de tanto en tanto, la nostalgia. Se pregunta cómo podría haber sido la vida en común de no haberse suspendido la boda y cuál sería la apariencia del fruto de ese amor, ese niño no nacido que no escuchó sus nanas ni vieron crecer entre juguetes. El tiempo pasó para ambos pero el destino insistió en ponerlos frente a frente. Las convenciones sociales triunfaron y el amor quedó enterrado mas no olvidado:

Nos saludamos de lejos
como dos desconocidos:
tu marido baja y sube
la chistera; yo me inclino,
y tu sonríes sin gana
de un modo triste y ridículo.

Pero yo no me hago cargo
de que hemos envejecido,
porque te sigo queriendo
igual o más que al principio,
y te veo como entonces,
con tu cintura de lirio,
con un jazmín en los dientes
y la color como el trigo,
y aquella vez que decía:
-¡Cuando tengamos un hijo!...

(de León, 1954: 108,109)



El dinero, como ya se ha visto en algunos de los poemas, también se erige como enemigo de los enamorados y se antepone, con fuerza, al sentimiento. La composición breve titulada *Mazazo* nos ilustra al respecto:

Sonó la palabra 'dinero'
y todo lo echaste a rodar,
y en vez de decirte: 'Te quiero',
te dije:-¿Qué quieres cobrar?
Y me valoraste las rosas
poniéndole precio al jardín
y fueron tomando las cosas
un tono metálico y ruín.
Y aunque esta verdad me traspasa,
prefiero saber la verdad:
que al mes, pago luz, pago casa
y pago la felicidad.

(de León, 1954: 33)

La imposibilidad del amor no está ya dada por la censura del pueblo o la presencia de un tercero en discordia sino por el interés del tú y el miedo a la soledad del yo que termina comprando la ilusión de amar. Nuevamente observamos como recurso de estilo, la enumeración. El hablante hace una lista de todo lo que mantiene a la otra persona a su lado, si bien esto no es perfecto, lo prefiere a la separación. Lo material prima pero cada uno obtiene rédito del vínculo. García Piedra dirá de esta composición que se está ante un ejemplo de cosificación del amor "lo equipara con otros gastos domésticos habituales, tales como las facturas de la "luz" y de la "casa". La conciencia del yo como pagador es más que evidente y se asume con resignación." (2008: 197, 198)

En ocasiones, cuando no sea posible superar los obstáculos, el hablante lírico no podrá dársele de ofendido, continuar aferrado a los recuerdos o intentar vivir como si nada hubiese ocurrido. El dolor por la pérdida le hará ver en la muerte, ya sea física o metafórica, la única paz posible. En *Baladilla de los tres puñales* pedirá a gritos, al mismo que lo mantuvo con vida, que ponga fin a su suplicio:

He comprado tres puñales
para que me des la muerte...

El primero, indiferencia,
sonrisa que va y que viene
y que se adentra en la carne
como una rosa de nieve.

El segundo, de traición;
mi espalda ya lo presente,

dejando sin primaveras
un árbol de venas verdes.

Y el último, acero frío,
por si valentía tienes
y me dejas, cara a cara,
amor, de cuerpo presente.

(de León, 1954: 41, 42)

En este tenor hallamos *Luto*, poema en el que se deja entrever que ausencia y muerte son vistas como sinónimos, la falta del otro condiciona la vida del yo, si no es él quien muere será quien guarde el recuerdo:

Yo llevo luto por ti
y no me visto de negro.

Tengo el corazón colgado
de paños de terciopelo,
y una camelia de sombra
se me deshoja en el cuello.

Al reloj de nuestras citas
se le cayó el minuterero
a las doce menos cuarto
de una noche de Año Nuevo.

(de León, 1954: 95)

En el *Romance del amor resignado* se muestra una actitud menos radical, la voz lírica ha claudicado, ya no lucha por evitar sus cadenas, por mantener su libertad o su dignidad, tampoco espera nada de la otra parte, sólo se rinde y sufre:

Mis 'te quiero' salvavidas
inútiles de mis ansias,
son ceros siempre a la izquierda
de este amor sin esperanza,
de este amor, río dormido,
entre sombras y entre ramas;
de este amor, lirio sin nombre
deshojado en la mañana...

(de León, 1954: 75)

La composición *Amnesia* ilustra también a ese sujeto rendido ante la comprobación de la imposibilidad de ser feliz con quien había elegido; decide seguir y olvidar a quien tanta pena le hizo pasar. El reproche cala hondo entre líneas:

Yo te quise. Estoy seguro.
Sufrió el rigor de tus soles.
Anduve por tus orillas.
Me estremecí con tus voces.

¿Y ahora? ¿Por qué? No me explico.
Es de día y es de noche.
Hay primavera y verano.
Yo soy el mismo de entonces.

¿Y tú? ¿Quién eras? No encuentro
ni tu rostro ni tu nombre.
(de León, 1954: 83)

Un caso similar de amante traspasado por la pena y cansado de amar sin ser correspondido lo vemos en *Para toda la vida*, composición con la que se da cierre a esta selección. El yo lírico ha buscado en su contraparte la correspondencia del sentimiento, recibiendo la misma respuesta monótona y vaciada de contenido. Cuando el tiempo mermó su resistencia y dejó de preguntar, llegó la ansiada respuesta:

Ahora, eres tú quien se queja
quien pregunta y quien suspira.
‘¿Me quieres, amor, me quieres?’,
me dices con voz dolida...
Y yo, de la misma forma
con que tú me respondías,
escondiendo la verdad
debajo de la mentira,
te digo ausente y lejano:
-¡Sí, para toda la vida!...
(de León, 1954: 118)

Para ir cerrando

Antonio Burgos, amigo y fiel seguidor del poeta, se ha afanado por difundir sus obras y rendirle los homenajes pertinentes, por lo que lo más atinado para concluir sería aludir a sus dichos. En una publicación con motivo del primer aniversario de su desaparición física, evoca la mañana en que recibió una distinción con la alegría con la que encaró su vida y con la misma pena que lo carcomía:

Muy pocos sabíamos que por dentro llevaba una doble tristeza. De un lado, que el Ayuntamiento de su ciudad no había querido, o no había sabido, o no había podido concederle el título de hijo predilecto de la ciudad que amó y cantó. De otro lado, el secreto convencimiento de que muy pocos valoraban su obra, por él mismo despreciada con aquella gracia con la que decía de sí mismo: ‘Yo hago versos...y berzas...’ Esas berzas, en forma de ojos verdes, en forma de tatuajes, en forma de lirios, forman parte de la memoria de España (...). (Burgos, 1992: *El maestro Rafael de León*. Diario 16, consultado el 20 de setiembre de 2016)

Rafael de León no podría avizorar que algo de justicia poética le llegaría con la muerte, esa misma muerte que liberaba a sus enamorados. Vivió con el estigma de ser considerado un salieri de Lorca cuando su voz personalísima se imponía por sí misma. El pueblo se negó a olvidarla, recitando sus poemas o cantando sus coplas.

Con este sucinto abordaje se pretendió rescatar parte de su producción para mostrar lo que en ella hay de intemporal y señalar un hecho curioso que ocurre cuando se aborda al poeta sevillano: sus versos rezuman dolor pero no pesimismo. Queda en quien los lee, la sensación celestinesca de estar embriagado por una dulce amargura o al decir de Quevedo, estar herido de amor sin sentir dolor.

Nos hacemos eco de las palabras que elige García Caamaño para cerrar el prólogo a una de sus obras: “Desde estos pliegos te digo, en mi nombre y en el de todos los lectores: gracias, muchas gracias por llenar tantas horas tristes...y al mismo tiempo alegres, porque siempre son horas de penas y alegrías las que depara la vida.” (de León, 1954: V)

Bibliografía

- Burgos, Antonio (1992) *El maestro Rafael de León*. Diario 16, consultado el 20 de setiembre de 2016.
- Burgos, Antonio (1997) *De Rafael de León a los campanilleros*. El Mundo de Andalucía, consultado el 20 de setiembre de 2016.
- De León, Rafael (1954) *Romance del amor oscuro*. Buenos Aires: Editorial Victoria. Prólogo de García Caamaño.
- García Piedra (s/f) *Género gramatical y género erótico en la poesía de Rafael de León*, en Mérida, Rafael: *Mujer y género en las letras hispánicas*. Universidad de Lleida, España.
- Gismera Velasco, Tomás (2002) *José Antonio Ochaíta. La voz de la Alcarria*. Capítulo “El marqués de Gómarra”. Guadalajara (España), AACHE Ediciones.
- González de Ávila, Manuel; Wibrow Cifre, Patricia (2014) *Culturas de la seducción*. Ediciones Universidad de Salamanca.
- Hurtado Balbuena, Sonia (2003) *Aspectos léxico-semánticos de la copla española: Los poemas y las canciones de Rafael de León*. Málaga: Tesis Doctoral dirigida por el Prof. Dr. D. Francisco Ruiz Noguera. Departamento de Traducción e Interpretación. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Málaga.
- Molina, Romualdo (2012): *El más recordado de los olvidados y viceversa*. Madrid: Fundación Autor.
- Pineda Novo, Daniel (2012) *Rafael de León, un hombre de copla*. Madrid: Almuzara.